

Alberto Iniesta

**El Espíritu
Santo,
corazón
de la Iglesia**



Emaús 31

El amor de los amores

A pesar de los pesares y de las apariencias, hay en el mundo más amor de lo que se aparenta. Si en una ciudad cualquiera fuéramos por la calle preguntando a la gente cuánto amor y cuántos amores tienen, cuántos les quieren y a cuántos quieren ellos, se quedarían sorprendidos de momento. Pero si se atrevieran a ir sacando la cuenta, saldría una larga lista de muchos amigos y parientes a los que quieren mucho. Imaginemos, entonces, las grandes muchedumbres, ¡cuánto amor representan, aunque no lo parezca!

Pero sucede que el amor es generalmente discreto y hasta se viste de aspecto rutinario en el trato corriente. Es como la sangre, que circula continuamente por el cuerpo sin llamar la atención, pero si se produce alguna herida, allí aparece con su color y su calor, de modo escandaloso y llamativo, dando vida y amor.

El amor es lo más hermoso de la vida, el motor más profundo, a veces invisible, de tanto esfuerzo, de tanto sacrificio, de tanta generosidad. El amor enjuga muchas lágrimas, endulza muchas amargas, compensa muchas pérdidas. Como dice san Pablo: “El amor es paciente y bondadoso, no tiene envidia, orgullo ni jactancia; no es grosero ni egoísta”, “todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo aguanta” (1Co 13,4-7).

Hay que reconocer que existe también mucho egoísmo, indiferencia y crueldad, por el pecado que siempre acompaña

nuestras vidas. Pero esta triste realidad no debe impedirnos ver y fomentar el mucho amor que hay en el hombre.

Si es verdad –y se nos dice en nuestros tiempos hasta la saciedad– que necesitamos imperiosamente que nos quieran, no se insiste bastante en que necesitamos más todavía querer, amar nosotros, entregarnos, volcarnos, darnos a los demás. Cuanto el corazón humano más se entrega, más recibe, cuanto más da, más tiene; cuanto más se olvida de sí, más se encuentra.

Y así como el que nos quieran depende de los otros, querer a los demás depende de cada uno de nosotros. Un místico tan sabio y realista como Juan de la Cruz aconsejaba: “Donde no hay amor, pon amor y encontrarás amor”. Esto funciona más o menos pronto, porque todos, aun las personas más especulativas y racionalistas, suelen tomar sus decisiones más por el corazón que por la cabeza, más por el amor que por la razón.

Ahora bien, el amor humano tiene también sus límites, sus grados, sus quilates, como el oro. Si una joven quiere a su novio con locura, pero por cualquier causa lo condenan a treinta años de cárcel, ¿podrá esperarlo tanto tiempo? No es imposible, pero tampoco es muy probable.

Sólo el amor divino es infinito y absoluto, sin límites ni condiciones. Es creativo y oblativo. Dios ama como Dios, nos ama desde siempre, nos ama eternamente; ama gratuitamente, porque sí, porque quiere querernos, por nuestro propio bien, antes de que le amemos. Y si quiere que le queramos no es por su bien, sino precisamente por el nuestro, porque nuestro mayor bien está en amar bien y en amar bien el Bien infinito, que es solamente El, el infinitamente amable.

Infinitos valores se pueden encontrar en Dios, pero puesto a resumir en qué consiste Dios, el discípulo amado, el evangelista del amor, dice que Dios es amor, como si todas sus cualidades –eternidad, sabiduría, fuerza, poder, santidad, gloria y belleza– estuvieran al servicio de su divino corazón, de su paterno y materno amor, como la gama incalculable de colores del arco iris está integrada y asumida en el blanco.

La creación del mundo es la primera manifestación del amor de Dios. Cada criatura, desde una piedrecilla hasta la gran montaña, del árbol que da sombra hasta la estrella más lejana, todo nos habla de la sabiduría, el poder y la hermosura divinas, pero ante todo nos habla de su amor hacia todos los seres, a los que creó y conserva amorosamente, en especial al hombre, su criatura predilecta, hecho a su imagen y semejanza, como los hijos se parecen a los padres y a las madres.

Es cierto que la naturaleza, aun en su inmensidad, tiene sus límites, y nunca la obra es tan grande como el artista. Entre el cosmos y Dios hay distancia infinita.

Por otra parte, muchos pensadores han reprochado a Dios el misterio del mal, aunque habría que aclarar primero a qué mal se refieren. Porque hay muchos males, como la guerra, el terrorismo, la injusticia, la opresión, la explotación, el odio, la mentira, el alcoholismo, la drogadicción, la ludopatía, etc., que no solamente no se deben a Dios, sino que si el hombre siguiera sus consejos desaparecerían, y entonces el mundo casi parecería un paraíso.

Muchos sabios antiguos y modernos sostienen que necesariamente un mundo creado, al no ser Dios, no puede ser perfecto, y debe tener por fuerza limitaciones y defectos. No es que Dios no pueda hacer un mundo perfecto; es que metafísicamente no se puede hacer, como no se puede hacer un círculo cuadrado. Y algunos han dicho con buen humor que no se puede hacer una tortilla sin romper los huevos.

De todos modos, la suprema manifestación del amor de Dios al hombre la tenemos en la encarnación del Hijo en Jesús de Nazaret. No es necesario ni posible hacer aquí un comentario de su existencia entre nosotros según los Evangelios. Ya solamente el hecho inaudito de que el Verbo divino de grandeza infinita haya venido a vivir en nuestra pequeñez humana para ser nuestro guía, consejero, pastor, amigo y salvador, es un gesto de amor que nunca podremos plenamente comprender, pero siempre podremos reconocer, agradecer y modestamente corresponder.

Pero además, toda su vida, fue una declaración del amor de Dios hacia nosotros, especialmente en el momento de la despedida en la última cena, cuando llegó a decirnos que nos amó como el Padre le ama. Y para que esta inaudita declaración de amor no quedara solamente en palabras, en prenda de su amor nos dejó el sacramento de la Eucaristía, su cuerpo y su sangre, su misma vida, que poco después sería entregada *por nosotros*, y luego en la comunión se nos daría innumerables veces *a nosotros*.

Este amor tiene su origen y sus raíces en el Padre, que decidió entregar a su Hijo divino por salvarnos, al precio de su humillación, de su pasión, de su muerte y su cruz. ¿Qué padre del mundo haría nunca jamás una cosa semejante?

La Santa Trinidad quiso nuestra creación, nuestra redención y nuestra santificación, aunque cada Persona con su propia intervención. El Padre, enviándonos al Hijo. El Verbo, viniendo a nuestra carne. Y el Espíritu, no solamente como el artífice de la encarnación, sino también como el educador que desde dentro, con la ayuda de María y de José desde fuera –a los que también movía y guiaba interiormente– iba formando y adaptando aquella humanidad al sobrehumano papel de manifestar a Dios en forma humana, hablando de Dios con palabras humanas, y amando a los hombres con corazón humano.

Como se refleja en los evangelios, Jesús fue siempre llevado, orientado, animado, inspirado y fortalecido por el Espíritu Santo, en una encarnación continuada, hasta la muerte y la resurrección. Él nos manifestó de manera admirable el amor sin límites de Dios, por obra del Espíritu Santo, que se prolonga desde Pentecostés en la comunidad cristiana, en la Iglesia, en los grandes cristianos, en especial en María, la Madre del Señor y Madre espiritual de la Iglesia.

Lo mismo, dentro de cierta proporción, que el Espíritu Santo iba enseñando al niño Jesús a amar al Padre y a los hombres, así también sigue educando nuestro corazón humano en el amor divino, por medio de sus inspiraciones y su gracia, injertando la caridad divina en nuestro corazón humano,

porque “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Rm 5,5).

Es como si el divino cirujano del Espíritu nos hiciera un injerto, un trasplante del corazón de Cristo en nuestro duro, frío y egoísta corazón humano, para que podamos amar al Padre y a los hombres con el amor cristiano, como demostraron tantos miles y miles de santos, desde los primeros tiempos hasta nuestro tiempo, como san Vicente de Paúl o san Juan de Dios, santa Luisa de Marillac o la madre Sacramento, viviendo hasta el último suspiro en el amor y la entrega a los más necesitados.

Después de decirnos en la última cena que nos ha amado como el Padre le ama, Jesús nos dice que nos amemos así los unos a los otros; es decir, hasta entregar la vida entera por amor a los hermanos. Esto, que resulta imposible con nuestro pobre corazón, podemos intentarlo con el amor de Dios que nos infunde continuamente el Espíritu Santo, que es, dentro del Dios Amor, el lazo de amor entre el Padre y el Hijo, como el “especialista” en el amor divino, el amor de los amores del Dios amor.